

Trabajo agrícola e inseguridad alimentaria de la población siria refugiada en Oriente Medio durante la primera ola de COVID-19

Ann-Christin ZUNTZ,* Mackenzie KLEMA,** Shafer ABDULLATEEF,*** Stella MAZERI,* Salim Faisal ALNABOLSI,*** Abdullellah ALFADEL,*** Joy ABI-HABIB,**** Maria AZAR,***** Clara CALIA,* Joseph BURKE,***** Liz GRANT* y Lisa BODEN*

Resumen: A partir de datos etnográficos de los proyectos SyrianFoodFutures (2019) y From the FIELD (2020), se proporciona evidencia sobre los primeros efectos de la pandemia de COVID-19 en el trabajo agrícola de refugiadas y refugiados en Iraq, Jordania, el Líbano, Siria y Turquía. En la primavera de 2020, las restricciones de movimientos y las interrupciones de la cadena de suministro hicieron que las y los trabajadores agrícolas sirios desplazados perdieran sus empleos y se enfrentaran a una mayor inseguridad alimentaria. Los autores destacan el uso de la ambigüedad legal por parte de los países de acogida hacia la población refugiada, la dependencia de la agricultura de Oriente Medio de la mano de obra migrante y la prolongada inseguridad alimentaria de la región. Llegan a la conclusión de que la formalización del trabajo de la población refugiada no es suficiente para hacer frente a la explotación.

Palabras clave: trabajo de población refugiada, agricultura, Oriente Medio, ambigüedad jurídica, inseguridad alimentaria, COVID-19.

* Universidad de Edimburgo; ann-christin.zuntz@ed.ac.uk (autora para la correspondencia), smazeri@ed.ac.uk, ccalia@ed.ac.uk, Liz.Grant@ed.ac.uk y Lisa.Boden@ed.ac.uk. **NIRAS-LTS International; mack@niras.com. ***Syrian Academic Expertise (SAE), Council for At-Risk Academics (Cara) Syria programme; shaher.abdulateef@gmail.com, snabolsi@hotmail.com y abedalfadel4@gmail.com. ****Université Saint Joseph; abihabib.joy@gmail.com. *****Association pour la protection de l'enfant de la guerre (APEG), Beirut; mariaazar90@gmail.com. *****Investigador independiente; joseph.burke@ed.ac.uk. La participación de los miembros del equipo de investigación sirio fue facilitada por Cara (Reino Unido).

La responsabilidad de las opiniones expresadas en los artículos solo incumbe a sus autores, y su publicación en la *Revista Internacional del Trabajo* no significa que la OIT las suscriba.

Artículo original: «Syrian refugee labour and food insecurity in Middle Eastern agriculture during the early COVID-19 pandemic», *International Labour Review* 161 (2). Traducción del equipo editorial de la Revista. Traducido también al francés en *Revue internationale du Travail* 161 (2).

© Artículo original, los autores, 2022

© Compilación de la revista y traducción, Organización Internacional del Trabajo, 2022

1. Introducción

En diciembre de 2020, la situación de la población trabajadora refugiada siria en Oriente Medio ocupó brevemente los titulares internacionales después de que unos jóvenes de la zona prendieran fuego a un asentamiento informal de personas refugiadas cerca de la ciudad de Bhanine, en el norte del Líbano, dejando a 75 familias sirias sin hogar. Al parecer, el incidente fue provocado por un enfrentamiento entre residentes libaneses y trabajadores sirios que reivindicaban mayores salarios (*Al Jazeera* 2020). El incidente puso de manifiesto la falta de poder de negociación de la población refugiada sobre sus condiciones de trabajo y la amenaza de perder sus ya precarios medios de sustento durante la pandemia. Como se argumentará en el presente artículo, sobre la base de datos etnográficos obtenidos mediante los proyectos SyrianFoodFutures (2019) y From the FIELD (2020),¹ para la población siria desplazada que trabaja en la agricultura en Oriente Medio, la enfermedad por coronavirus SARS-CoV-2 (COVID-19) generó en primera instancia una crisis económica, no sanitaria. En la primavera de 2020, todas las personas sirias participantes en From the FIELD habían oído hablar del nuevo virus, pero nadie se había sometido a las pruebas de detección y la mayoría se sentía tan saludable como de costumbre. Los riesgos más apremiantes eran la pérdida de puestos de trabajo y el aumento de los precios debido a los confinamientos y a las interrupciones en las cadenas de suministro.

La pandemia ha puesto de manifiesto que la exclusión y la explotación sociojurídica que sufre la población siria refugiada se asemeja a la que soportan en todo el mundo otras personas migrantes que trabajan en la agricultura. En la primavera de 2020 preocupaba la presión que suponían los confinamientos para los sistemas alimentarios, cada vez más globalizados. En América del Norte y Europa, el «desvalijamiento» de supermercados y otros cambios en los patrones de consumo provocados por el pánico pusieron en tensión del lado de la demanda de las cadenas de suministro de alimentos, en medio del temor de que la escasez de fuerza de trabajo y la ausencia de transporte pudieran interrumpir las redes de distribución (Hobbs 2020). En América del Norte, la población trabajadora migrante se vio desproporcionadamente afectada por las restricciones a la circulación y el aumento del riesgo de deportación, aunque las empresas agrícolas siguieron recurriendo a ella (Beaumont 2020; Quandt et al. 2020). La población migrante en los Estados Unidos fue reconocida como «infraestructura crítica» o como trabajadoras y trabajadores «esenciales», pero había una enorme brecha entre la retórica y la realidad, ya que el hacinamiento y las deficientes condiciones de vida a las que estaba sometida facilitaron la propagación del virus, y las personas indocumentadas no tenían acceso a las prestaciones de desempleo o al seguro médico (NCFH 2021). Las organizaciones de migrantes y la comunidad científica no tardaron en señalar que la pandemia había revelado deficiencias estructurales en la cada vez más globalizada producción agrícola, entre las que se incluía la explotación generalizada de las personas migrantes con un estatus jurídico inestable: «Ahora nos enfrentamos a la

¹ Para más información, véase <https://www.onehealthfieldnetwork.org/syrianfoodfutures> y <https://www.onehealthfieldnetwork.org/from-the-field>, respectivamente.

fragilidad de un sistema alimentario que se deshace de quienes nos alimentan» (UITA 2020; cf. Farmworker Justice 2020; Mares 2020). Estas críticas se tradujeron en llamamientos a la adopción de enfoques sistémicos que tengan en cuenta las jerarquías laborales y las vulnerabilidades estructurales que afectan a la población trabajadora, así como la inseguridad alimentaria en los distintos niveles de las cadenas de suministro, tanto entre las y los consumidores como entre las y los trabajadores (Parks et al. 2020). Sin embargo, esa toma de conciencia sobre la interconexión entre los diversos componentes de los sistemas alimentarios brilla por su ausencia en los debates sobre la fuerza de trabajo migrante en contextos humanitarios.

En el presente artículo planteamos que los efectos iniciales de la pandemia sobre la población refugiada siria que trabaja en la agricultura no pueden entenderse sin tener en cuenta tres factores interconectados: la ambigüedad legal con la que los países de acogida administran a las poblaciones desplazadas, el enorme grado en que el sector agrícola mediorientado depende de la fuerza de trabajo migrante y la prolongada inseguridad alimentaria de la región. En primer lugar, la mayoría de los 5,6 millones de personas sirias refugiadas ha permanecido en países vecinos que, o bien no son signatarios de la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951² (Irak, Jordania y Líbano), o bien no reconocen a la población siria como «refugiada» (Turquía) (Bellamy et al. 2017; Sleiman Haidar 2016). En los países de acogida mediorientales, la población refugiada está sometida a diversas formas de registro que generan nuevas y complejas experiencias de ilegalidad y restringen el acceso al empleo formal y a los servicios públicos, así como la movilidad interfronteriza y dentro de los propios países de acogida (cuadro 1). No todos los países exigen que las personas refugiadas obtengan permisos para trabajar en la agricultura. En la práctica se trata de un sector enormemente desregulado en el que trabaja de manera informal la mayoría de la población siria desplazada, sin seguro médico ni derechos laborales. En los estudios sobre migraciones forzadas se rechaza la idea de que el limbo legal en el que se encuentran las personas refugiadas sea debido a la mala gobernanza y se defiende, por el contrario, la necesidad de analizar el uso estratégico de la ambigüedad legal por parte de los países de acogida para desalentar o expulsar a la población desplazada (Stel 2021; Zetter 2007). En el Líbano, por ejemplo, la proliferación de categorías burocráticas utilizadas por la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y el Estado hace que muchas personas refugiadas sirias sean tratadas como migrantes económicas en lugar de como personas vulnerables que necesitan protección (Janmyr y Mourad 2018). En Turquía, el estatus de «protección temporal» otorgado a la población siria suele descalificarla para un reasentamiento internacional y la coloca en una situación de «inclusión diferenciada» (Baban, Ilcan y Rygiel 2017, 42), en la que pueden acceder a algunos servicios sociales, pero en la que su libertad de movimiento y sus derechos laborales están restringidos. Los estudios actuales se centran en las ventajas políticas de estas estrategias para los países de acogida, a saber, evitar respuestas a los desplazamientos masivos que

² Naciones Unidas, Convención sobre el Estatuto de los Refugiados, adoptada en Ginebra el 28 de julio de 1951, *Treaty Series*, vol. 189: 137.

puedan resultar polémicas a largo plazo, como el asentamiento más permanente de los refugiados. En el presente artículo abordaremos más bien las ventajas económicas de estas estrategias ambivalentes de gobernanza, en concreto, la producción generada por la población trabajadora desplazada, explotable en beneficio de unas economías agrícolas cada vez más globalizadas.

En segundo lugar, puede resultar muy útil considerar a la población trabajadora siria refugiada en el contexto de debates más generales sobre la precariedad laboral de las personas migrantes. Vistas a través de una lente laboral, las luchas económicas de la población refugiada forman parte de un contexto mundial en el que las economías capitalistas dan forma a los regímenes de movilidad empujando a las personas marginadas —refugiadas, migrantes o nacionales— a aceptar un trabajo informal y explotador (Besteman 2019; Bhagat 2020; Lewis et al. 2015; Rajaram 2018). Las investigaciones sobre las personas trabajadoras migrantes pueden ayudarnos a establecer el vínculo entre el mencionado limbo legal y lo que realmente ocurre en el lugar de trabajo (Buckley, McPhee y Rogaly 2017). Los Estados de todo el mundo utilizan mecanismos jurídicos para administrar a las poblaciones migrantes que consideran deseables bajo el estatuto de *trabajadoras y trabajadores* pero no como *ciudadanas y ciudadanos* potenciales (De Genova 2002; Parreñas et al. 2021). Es importante destacar que la mayoría de las personas migrantes no se encuentran en una situación totalmente irregular, sino en una situación jurídica indefinida que puede cambiar con el tiempo y que hace que las autoridades gubernamentales interactúen con ellas de forma diferente (Coutin 2000). El estatus temporal, unido a la amenaza de deportación, reduce el poder de negociación de las trabajadoras y trabajadores migrantes, lo que aumenta su vulnerabilidad a la explotación laboral, las relaciones de endeudamiento y la dependencia de los contratistas laborales (Cook-Martin 2019; Shamir 2017). También da lugar a experiencias de discriminación y exclusión, a un sentimiento de pertenencia fragmentado y a familias transnacionales (Menjívar 2006). En una línea similar, la población siria refugiada en Oriente Medio ha vivido durante mucho tiempo en una situación de asentamiento de hecho, siendo considerada como población temporal por los Estados de acogida; en Jordania, si trabajan sin permiso corren riesgo de deportación (Sahin Mencutek y Nashwan 2021). Estos países de acogida (mencionemos de nuevo Jordania, o Turquía) utilizan con frecuencia la presencia de grandes poblaciones desplazadas para presionar a los donantes internacionales deseosos de detener los flujos de refugiados hacia el Norte (Kelberer 2017). Los gobiernos se apresuran a presentar a la población refugiada como una carga para las economías y los sistemas de bienestar social nacionales. Durante la pandemia, su contribución al mantenimiento de la producción de alimentos ha pasado desapercibida.

En tercer lugar, el presente artículo contribuye a una mejor comprensión de la dinámica de la pandemia de COVID-19 a escala sectorial. A finales de marzo de 2020, Jordania había impuesto uno de los confinamientos más severos del mundo. Otros países, como Siria, adoptaron un enfoque más fragmentado (Hale et al. 2021). Según las encuestas en línea realizadas a refugiadas y refugiados sirios en Turquía (DRC 2020), el Líbano (PMA 2020a), Jordania (OIT y Fafó 2020) e Iraq (Joint Data Center on Forced Displacement, Banco Mundial y ACNUR 2020),

muchos perdieron sus empleos y sufrieron una grave inseguridad alimentaria. Sin embargo, ningún estudio ha abordado hasta el momento las repercusiones específicas del sector agrícola en las personas refugiadas que trabajan en él (a excepción de Kalkınma Atölyesi/Development Workshop 2020). En el presente artículo se ofrecen datos en el contexto de la creciente orientación de la producción alimentaria de Oriente Medio hacia la exportación, combinada con la prolongada dependencia de la región de alimentos importados. La creciente globalización de las cadenas de suministro de alimentos genera presiones en aumento sobre las personas a cargo de explotaciones agrícolas obligándolas a reducir los costes laborales (Corrado, De Castro y Perrotta 2017; Gertel y Sippel 2014). En Siria, la transición a una economía de mercado globalizada en las décadas de 1990 y 2000 produjo una mano de obra migrante sometida a bajos salarios, malas condiciones de trabajo y poca protección social (Abdelali-Martini y Dey de Pryck 2015). El trabajo agrícola estacional no es nada nuevo para las numerosas personas sirias que, para realizarlo, se desplazaban por todo el país y por todo Oriente Medio hasta 2011 (Chalcraft 2009; Rabo 2017; Wessels 2008; Zuntz 2021). Sin embargo, la población refugiada siria ha sido reinsertada en los estratos más bajos del mercado de trabajo agrícola. Para agravar el problema, Oriente Medio es considerada la región con mayor inseguridad alimentaria del mundo (Zurayk y Gough 2014). En la década de 1970, la mayoría de los países árabes perdieron su autosuficiencia alimentaria debido a la escasez de agua, mientras que la afluencia de ingresos procedentes del petróleo impulsó su rápida transformación en economías basadas en los servicios y el comercio (Woertz 2014). En la actualidad, la región es la mayor importadora de cereales del mundo, lo que la hace especialmente vulnerable a las subidas de precios de los alimentos a nivel mundial y a las interrupciones de la cadena de suministro provocadas por la pandemia (Woertz 2020). En Siria, el único país del Levante que era autosuficiente desde el punto de vista alimentario antes de 2011, el conflicto armado está exacerbando los efectos de las sequías recurrentes de la década anterior a la guerra (Gleick 2014), provocando una grave escasez de alimentos al destruir las cosechas y la infraestructura agrícola (Ababsa 2019). Dos años antes de la pandemia, 5,5 millones de sirias y sirios sufrían inseguridad alimentaria dentro de la propia Siria (FAO y PMA 2018). El desplazamiento fuera del país también ha supuesto una presión sobre el sistema alimentario del Líbano, que importa el 90 por ciento de sus cereales (FAO 2020a). En el presente artículo se abre un debate más amplio sobre el carácter complejo de los sistemas alimentarios, en los que interactúan factores como las interrupciones de la cadena de suministro, la inseguridad sociojurídica de la población trabajadora refugiada y la volatilidad de los mercados laborales haciendo que quienes producen realmente los alimentos pasen hambre.

En la segunda sección se ofrece una visión general de los métodos de recopilación de datos y de las consideraciones éticas que sustentan nuestra investigación. En la tercera tratamos de argumentar, sobre la base de datos etnográficos de población siria recabados en Turquía en diciembre de 2020, que la inseguridad laboral crónica puso a la población refugiada trabajadora en una posición vulnerable incluso antes de la pandemia. En las secciones cuarta y quinta presentamos un análisis de los datos etnográficos recabados a distancia de 100 familias

sirias en cinco países de Oriente Medio entre abril y junio de 2020. En particular, en la cuarta sección se analizan las transformaciones del trabajo de la población refugiada relacionadas con la pandemia, mientras que la quinta se centra en las interdependencias entre el trabajo de esta población y sus medios de sustento en una región con inseguridad alimentaria crónica. En la sexta sección concluimos argumentando que la formalización del trabajo de la población refugiada no es suficiente para atajar la explotación a la que está sometida.

2. Métodos

Los datos para el presente artículo se obtuvieron en el marco de dos proyectos multidisciplinares de colaboración dirigidos por la profesora Lisa Boden, investigadora principal, en la Universidad de Edimburgo: el proyecto SyrianFoodFutures, financiado por el Arts and Humanities Research Council, y From the FIELD, un proyecto que respondió a la convocatoria de investigación urgente sobre la COVID-19, financiado por el Global Challenges Research Fund del Scottish Funding Council. Ambos proyectos recibieron la aprobación del Comité de Revisión Ética Humana de la Royal (Dick) School of Veterinary Studies de la Universidad de Edimburgo. Nuestro equipo de investigación, que recientemente se ha formalizado en la red One Health FIELD,³ reúne a investigadoras e investigadores de los ámbitos de las ciencias veterinarias y agrícolas, la antropología social, la psicología clínica, la salud mundial, la economía y varias artes. Toda la investigación se llevó a cabo en colaboración con académicas y académicos sirios afiliados al Council for At-Risk Academics (Cara), una ONG británica que apoya a las académicas y académicos desplazados. A través de nuestro enfoque horizontal de creación de asociaciones con personal académico de Oriente Medio, pretendíamos establecer una alternativa a los modos «extractivos» de investigación que han surgido durante la crisis de la población refugiada siria, como la subcontratación de mano de obra precaria de personal de investigación local y de la propia población refugiada (Sukarieh y Tannock 2019).

Gracias a nuestras redes sirias de contactos personales y profesionales pudimos contar con la participación de sirias y sirios procedentes de zonas rurales remotas y de comunidades sin vínculos con proveedores de ayuda. Para el proyecto SyrianFoodFutures, la Dra. Ann-Christin Zuntz y el Dr. Shaher Abdullateef realizaron, de forma presencial, diez días de trabajo de campo con trabajadoras y trabajadores agrícolas sirios y con empresas agrícolas sirias y turcas en las provincias turcas de Adana y Gaziantep, en diciembre de 2019. Esta investigación implicó entrevistas y observación participante en hogares sirios, viveros, invernaderos y huertos de cítricos. Para el proyecto From the FIELD, realizamos entrevistas a distancia a 100 familias sirias que trabajan en la agricultura en el Kurdistán iraquí, el norte de Jordania, el Líbano, Siria y Turquía entre abril y junio de 2020. Debido a las restricciones de movimiento en los primeros días de la pandemia y a la escasa alfabetización de algunos participantes, las entrevistas se realizaron por WhatsApp. Resultó una forma barata, fácil y segura de llegar a

³ Véase <https://www.onehealthfieldnetwork.org/>.

este grupo demográfico específico, ya que la mayoría de las personas sirias desplazadas poseen teléfonos inteligentes y utilizan la aplicación para comunicarse con sus seres queridos y con las ONG. Debido al pequeño tamaño de la muestra, al método de muestreo de conveniencia y a las diversas condiciones de vida y de trabajo de las personas encuestadas, nuestros resultados no son representativos de la población refugiada siria en Oriente Medio durante la pandemia; tampoco podemos comparar estadísticamente los resultados entre los países del estudio. Además, carecemos de información de referencia sobre las personas participantes antes de la pandemia. Aun así, nuestros datos proporcionan una instantánea singular de los primeros efectos de la pandemia en el trabajo y los medios de vida de personas refugiadas en Oriente Medio e indican tendencias a más largo plazo en las condiciones de empleo de la población desplazada.

Para From the FIELD, se invitó a una submuestra de personas sirias a documentar visualmente sus rutinas diarias de producción, consumo y compra de alimentos (véase también Ahlin y Li 2019). A través de «diarios dietéticos» enviados por WhatsApp, obtuvimos información sobre los aspectos físicos y afectivos de la inseguridad alimentaria de las personas refugiadas en un momento en que varios procesos importantes atravesaban sus vidas: los primeros efectos económicos de la pandemia de la COVID-19, el comienzo de la temporada agrícola y la fiesta islámica del Ramadán, tradicionalmente asociada a reuniones y comidas familiares, convergieron. Los datos etnográficos nos ayudaron a comprender las ramificaciones culturales y sociales de las medidas de contención de la COVID-19. Nos resultó más fácil involucrar a los hombres sirios en la etnografía en vídeo, ya que algunas mujeres sirias de origen rural no participaron por pudor. Para mitigar este sesgo de género, recurrimos a mujeres académicas para realizar entrevistas y recabar los diarios dietéticos de las mujeres sirias. Todas las personas participantes recibieron el equivalente de 13,50 dólares de los Estados Unidos por transferencia bancaria o recarga telefónica por su participación en las entrevistas, y otros 13,50 dólares por aportar los diarios etnográficos.

Las y los trabajadores agrícolas sirios son doblemente vulnerables, como residentes en países de acogida con escasa protección otorgada a la población refugiada y como trabajadoras y trabajadores en economías agrícolas poco reguladas. Pueden sufrir discriminación jurídica o social, vivir en la pobreza y padecer traumas psicológicos. Las personas participantes en territorio sirio también estaban expuestas a la situación actual de conflicto armado. En vista de esta coyuntura, todos los nombres y estudios de caso en el presente artículo se han anonimizado. Durante el trabajo de campo presencial en 2019, el consentimiento para participar en el estudio se negoció verbalmente al comienzo de cada entrevista. Para los fines de la investigación a distancia, todas las personas participantes recibieron un formulario de información y de autorización en árabe a través de WhatsApp. Además, las entrevistadoras y entrevistadores enviaron un mensaje de voz por WhatsApp en el que exponían las condiciones del estudio en un lenguaje sencillo. Por último, seguimos un protocolo de consentimiento oral al principio de cada entrevista para asegurarnos de que cada participante entendía el propósito de la investigación. Cuando fue necesario, también se les proporcionaron los datos de contacto de las ONG locales que podían proporcionar ayuda.

3. Antes de la pandemia: «Sobrevivimos de un día para otro»

En la presente sección analizamos la inseguridad laboral crónica y la precariedad que sufre la población refugiada en la agricultura de Oriente Medio. Por falta de espacio no entraremos en las particularidades de las economías agrícolas específicas de la región. Señalaremos más bien una serie de características que situaban a la población trabajadora siria desplazada en una posición especialmente vulnerable al principio de la pandemia.

La viñeta etnográfica que sigue ilustra nuestro argumento. En diciembre de 2019, la Dra. Ann-Christin Zuntz y el Dr. Shaher Abdullateef fueron conducidos por un joven empresario turco desde la ciudad de Adana, al oeste de Turquía, hasta sus huertos de cítricos, a una hora de camino. El empresario se presentó como un emprendedor global. Aunque residía habitualmente en Estambul, había venido a Adana durante el fin de semana para supervisar la cosecha de naranjas y limones. Durante el trayecto habló de las oportunidades de exportación de la agricultura turca a la Unión Europea y compartió algunas de sus impresionantes cifras de negocio: sus huertos producían 600 toneladas de naranjas, 1300 toneladas de mandarinas y 400 toneladas de limones cada temporada. Sin embargo, mostró poco interés en la producción agrícola en sí. Y aunque aquel día había decenas de personas trabajando en su huerto, explicó que solo tenía «cuatro tipos en nómina». Durante la temporada de poda y cosecha, recibía autobuses cargados de trabajadores administrados por un contratista de mano de obra de un pueblo cercano. Algunos de estos autobuses estaban aparcados a las puertas del huerto el día de la visita y cada uno tenía capacidad para 17 personas. Durante la cosecha, mujeres y hombres trabajaban juntos. Llegaban a las 5 de la mañana, hacían una pausa para desayunar a las 8 y seguían trabajando hasta las 3 de la tarde, momento en que los autobuses los volvían a recoger. El empresario subcontrataba no solo la logística sino también la remuneración. Todos los salarios se pagaban al contratista, que luego distribuía el dinero entre las y los trabajadores. Para el contratista, la llegada de la población refugiada había sido una oportunidad para sacar mayor partido de la operación. En 2012, al comienzo de la crisis de la población refugiada siria, las personas migrantes internas cobraban 40 liras turcas (4 dólares de los Estados Unidos) al día, y el contratista recibía 20 liras por persona. En 2019, las y los refugiados sirios recién llegados aceptaron trabajar por 20 liras, pero ahora el contratista recibía del empleador 40 liras adicionales por persona. Para el empresario, el mayor problema era encontrar trabajadoras y trabajadores calificados: «¿Estarán [los sirios] aquí mañana? ¡No lo saben!». Lo que más le molestaba era que las sirias y sirios rara vez se quedaban el tiempo suficiente para aprender los pormenores de la poda, ya que sus cítricos habían sufrido por falta de mano de obra calificada.

Lo que el empresario veía como falta de compromiso de las y los trabajadores era percibido por las y los refugiados sirios como una extrema inseguridad laboral. Cerca del huerto, una familia siria nos invitó a su tienda de campaña situada en un asentamiento informal. Desde el punto de vista de la familia, la

imprevisibilidad del trabajo permitía al contratista ejercer su poder sobre ellos. Hablamos con un joven al que no le habían dicho que no habría trabajo para él ese día hasta la hora de comer. La semana anterior, las y los trabajadores habían sido enviados en autobús con poca antelación a explotaciones agrícolas en el sur de Turquía que estaban a cientos de kilómetros de distancia, para regresar esa misma tarde. Durante la cosecha, su vida era una mezcla de actividad frenética y largos periodos de espera, durante los cuales, en lugar de ganar dinero, seguían empobreciéndose. Solo se les pagaba al final de la cosecha. Mientras tanto, el contratista les cobraba un alquiler por el terreno en el que estaba instalada su tienda y por la toma de agua del pueblo. Como el huerto estaba lejos del supermercado más cercano, las y los trabajadores también compraban alimentos al contratista. Todos estos gastos se deducían posteriormente de sus salarios. Debido a su remota localización, las niñas y niños sirios no iban a la escuela, ni había ONG que prestara servicios tan lejos en el campo. Sin embargo, las y los trabajadores refugiados no estaban solos. A lo largo de las vallas del huerto había múltiples campamentos. Algunos de ellos estaban habitados por personas sirias y otros por personas inmigrantes de Şanlıurfa, en el sureste de Turquía. Aunque sus modestas viviendas parecían todas iguales a simple vista, las placas con el número de licencia delataban la región de origen de las y los trabajadores turcos. Como explicó nuestro anfitrión, la afluencia masiva de población siria refugiada había provocado una intensa competencia entre las y los trabajadores que vivían en esos campamentos.

Este relato confirma patrones más amplios, ya que en Oriente Medio la población refugiada siria trabaja junto a población egipcia en Jordania (Hartnett 2018) y junto a población migrante kurda turca en Turquía (Pelek 2019), por poner dos ejemplos, en medio de una competencia a la baja. Para las y los trabajadores estacionales como los que entrevistamos, Adana es solo una parada en el circuito migratorio anual que recorre la población migrante y refugiada de una explotación agrícola a otra por el oeste y el sur de Turquía. Los jornales y los modos de pago dependen de los productos agrícolas y de las tareas, pero las prolongadas e imprevisibles jornadas de trabajo, el alojamiento precario, la remuneración irregular y el trabajo infantil son una experiencia común para la mayoría de las y los trabajadores temporeros (Kalkınma Atölyesi/Development Workshop 2016). Sin embargo, no todas las trabajadoras y trabajadores agrícolas sirios viven en campamentos informales. Durante nuestro trabajo de campo en el oeste y el sur de Turquía nos reunimos con sirias y sirios que residían en diversas condiciones. Hombres jóvenes, y a veces familias, vivían en caravanas junto a viveros e invernaderos. En la ciudad de Gaziantep, las refugiadas y refugiados se alojaban en edificios ruinosos del casco antiguo, desde los que se desplazaban a los lugares de trabajo agrícola en el campo. En Islahiye, un pequeño centro agrícola situado a una hora en automóvil de Gaziantep, las y los refugiados que antes vivían en campamentos oficiales cercanos se habían trasladado a apartamentos. Durante los meses de invierno, muchos emigraban a Ankara o Estambul en busca de otros trabajos. De un modo u otro, la movilidad constante en el exilio es un pilar en la vida de muchos refugiados y es una de las razones por las que los confinamientos relacionados con la pandemia afectaron particularmente a las trabajadoras y trabajadores agrícolas refugiados.

Tras casi una década de exilio, la mayoría de las sirias y sirios que trabajan en la agricultura viven a niveles de subsistencia. Como nos explicó una mujer en Gaziantep: «Los palestinos se trajeron la llave, pero nosotros no trajimos ni llave ni techo ni suelo». Hacía referencia a los sueños de retorno, largamente acariciados, de las y los refugiados palestinos, y a su práctica de conservar las llaves de las casas de las que habían sido desalojados. Para la población siria, la experiencia palestina evocaba su sentimiento de pérdida de sus medios de sustento y su imposibilidad para reconstruir una vida estable en el exilio, incluso después de intentarlo durante una década. Como ha descrito Phillips (2013), entre otros, muchas poblaciones pobres del Sur se encuentran en una situación de pobreza endémica, sin perspectivas de movilidad social ascendente. Lo problemático del papel de la población refugiada en Oriente Medio no es su exclusión de los mercados de trabajo locales, sino más bien los polémicos términos de su *inclusión*, en particular su falta de acceso a la plena protección que otorgaría el estatus de refugiado y a los derechos laborales, y sus luchas en un sector que requiere una fuerza de trabajo masiva y móvil, aunque temporal (Kavak 2016). Las trabajadoras y trabajadores agrícolas sirios a los que entrevistamos en Turquía y el Líbano se quejaban tanto antes como durante los primeros meses de la pandemia: «¡Un día hay trabajo y al siguiente no!». Esto es especialmente cierto para las personas que trabajaban en la provincia de Adana, pero el ciclo de la pobreza puede adoptar diferentes formas. Por ejemplo, los hombres jóvenes que vivían, modestísimamente, dentro de los viveros recibían un salario mensual regular pero inferior al salario mínimo turco, ya que sus empleadores les descontaban los «gastos de manutención» de sus salarios.

Una de las razones de la falta de vínculos de la población siria con los empleadores agrícolas es su relación de dependencia con contratistas de mano de obra agrícola (Kalkınma Atölyesi/Development Workshop 2016; Kattaa, Byrne y Al-Arabiati 2018). En diciembre de 2019, entrevistamos a personas refugiadas que habían participado en sesiones de formación dirigidas por ONG, cuyo objeto era promover un empleo más estable en la agricultura. Estas sesiones rara vez condujeron a empleos sostenibles porque prácticamente no abordaban el problema de los intermediarios. Los talleres rara vez reunieron en la misma sala a las trabajadoras y trabajadores refugiados con quienes proporcionaban empleo agrícola, ni les proporcionaron lo que necesitaban imperativamente para comunicarse directamente con los empleadores turcos: conocimientos de turco. Aunque las personas refugiadas recurren a los contratistas para encontrar trabajo teniendo en cuenta las necesidades de la agricultura estacional, nuestro trabajo de campo previo a la pandemia muestra que las relaciones de poder desiguales a veces son más profundas, ya que los trabajadores desplazados, que viven en tiendas y contenedores en las explotaciones agrícolas, también dependen de los contratistas para tener acceso a la tierra, el agua, la electricidad y, a veces, los alimentos. La combinación de las condiciones de trabajo descritas—inseguridad laboral crónica, necesidad de desplazarse constantemente y dependencia de los contratistas de mano de obra—pusieron a los refugiados en situación de riesgo cuando se declaró la pandemia.

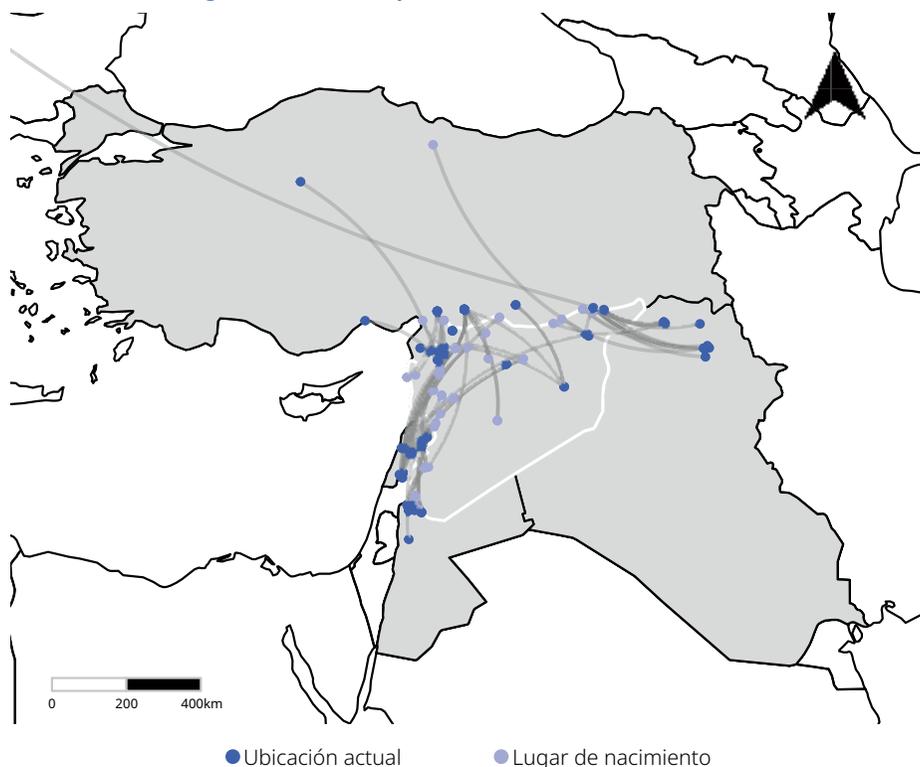
4. Los inicios de la pandemia: pérdida de empleo en la agricultura, pero no en todas partes

A continuación dibujamos un panorama matizado de las pérdidas de empleo de la población trabajadora refugiada en la primavera de 2020, en un momento de confinamientos repentinos y de gran alcance. Las personas sirias entrevistadas en aquel momento vivían en grandes ciudades como Irbid (Jordania), Gaziantep (Turquía) y Erbil (Kurdistán iraquí), en pueblos y pequeñas ciudades a lo largo de las fronteras de Siria, en campos de desplazados internos en el norte de Siria y en campos de refugiados en el Kurdistán iraquí. Todas ellas procedían originalmente del sector agrícola y la mayoría seguía trabajando en la producción de alimentos, aunque en aquel momento residieran en centros urbanos. En muchos casos, los ingresos procedentes de la producción de alimentos complementaban los de otras fuentes de ingresos, como otros trabajos en la economía informal o las ayudas humanitarias. En Ramtha, una ciudad fronteriza del norte de Jordania, una familia de nueve miembros sobrevivía con el salario del hijo mayor, que trabajaba en la agricultura, el sueldo de la madre, que daba clases de punto en un centro de una ONG local, la asignación mensual por discapacidad del padre, proporcionada por el ACNUR, y los vales mensuales de comida del Programa Mundial de Alimentos (PMA), por valor de 15 dinares jordanos (21 dólares de los Estados Unidos) por persona. Más al norte, en la ciudad turca de Gaziantep, una mujer de 24 años recogía uvas, almendras y pimienta, mientras su marido trabajaba en una fábrica textil. En el Líbano y en algunas partes de Turquía, donde muchas personas refugiadas vivían en tiendas de campaña en terrenos agrícolas, el trabajo solía implicar a toda la familia, incluidas las mujeres y los hijos adolescentes. El gráfico 1 muestra los desplazamientos de nuestros participantes desde sus lugares de origen hasta sus lugares de asilo en las zonas fronterizas de Siria. Estas se encuentran entre las regiones más fértiles e intensamente cultivadas de Oriente Medio, zonas en las que nuestras encuestadas y encuestados habían encontrado empleo (una vez más) en la agricultura.⁴

En el proyecto From the FIELD, el 75 por ciento de las personas encuestadas eran hombres, que representaban hasta el 85 por ciento en las ubicaciones dentro de Siria. La distribución sesgada por sexo se explica por el hecho de que pedimos deliberadamente hablar con los cabezas de familia para comprender mejor el impacto económico de la pandemia en la economía familiar. La edad de las personas encuestadas oscilaba entre los 18 y los 63 años, y la mayoría tenía alrededor de 30 años. El tamaño medio de los hogares era de 5,7 personas; el 89 por ciento de las personas encuestadas tenía hijas e hijos menores de 18 años, con una media de 2,8 por familia. Solo el 8 por ciento se había mudado en los seis meses anteriores a la pandemia. Fuera de Siria, la situación legal de las y los encuestados y su acceso a la ayuda humanitaria variaban mucho. En el Líbano y Jordania, entre el 90 y el 100 por ciento estaban registrados en el ACNUR, en comparación con solo el 35 por ciento en Turquía y el 32 por ciento en el

⁴ Marcel Buchhorn et al., «Copernicus Global Land Service: Land Cover 100m: Collection 3: Epoch 2019: Globe», 2020 (Versión V3.0.1) [Conjunto de datos]. <https://doi.org/10.5281/zenodo.3939050>.

Gráfico 1. Desplazamientos de las personas sirias entrevistadas (programa From the FIELD) desde sus lugares de nacimiento a los actuales campos de refugiados en los países vecinos de acogida (ubicación aproximada)



Nota: El mapa se generó con el paquete ggplot2 del programa estadístico R.

Fuentes: Datos cartográficos del Natural Earth Project (versión en resolución 1:50m), a través del programa R.

Kurdistán iraquí. Por el contrario, en Turquía, Jordania y el Kurdistán iraquí, el 100 por ciento de las y los refugiados estaban declarados ante las autoridades locales, frente a solo el 11 por ciento en el Líbano. Como se ha comentado en la introducción, esta diversidad en cuanto a declaración y registro es reflejo de los sistemas de acogida específicos de cada país y de las complejas experiencias de ilegalidad. En la práctica, la mayoría de las y los encuestados trabajaban en la economía informal.

Un examen más profundo de los primeros efectos de la pandemia en el trabajo de la población refugiada revela un panorama complejo. En el mes anterior a la entrevista, el 69 por ciento de todas las personas entrevistadas vio disminuir sus horas de trabajo, sobre todo en Turquía y en el norte de Siria (77 por ciento) (cuadro 2). Sin embargo, para una minoría (7 por ciento), las horas de trabajo aumentaron. Además, el 10 por ciento se encontraba sin empleo antes de la pandemia.

El transporte público seguía estando disponible para el 88 por ciento de las personas entrevistadas, aunque con diferencias significativas entre los países

Cuadro 2. Respuestas de las personas sirias entrevistadas en el marco del proyecto From the FIELD a la pregunta «En el último mes, ¿ha habido algún cambio en su trabajo?», por emplazamiento

	Total	Kurdistán iraquí	Jordania	Líbano	Norte de Siria	Turquía
Aumento de las horas (%)	7,1	20,0	0,0	10,0	5,9	5,9
Disminución de las horas (%)	69,0	50,0	70,0	65,0	76,5	76,5
Ningún cambio (%)	14,3	10,0	10,0	20,0	17,6	11,8
Estoy sin trabajo (%)	9,5	20,0	20,0	5,0	0,0	5,9

Fuente: Entrevistas a distancia en el marco del proyecto From the FIELD, abril-junio de 2020.

(por ejemplo, el 35 por ciento en Jordania tenía dificultades para acceder al transporte). Sin embargo, los confinamientos generalizados fueron una experiencia común para el 81 por ciento durante los primeros días de la pandemia y afectaron especialmente a quienes dependían del transporte público para acceder a los lugares de trabajo. Por el contrario, muchas trabajadoras y trabajadores agrícolas sirios que vivían en tiendas o caravanas en terrenos agrícolas informaron de que sus rutinas de trabajo no cambiaron en la primavera de 2020.

La disminución de las horas de trabajo no siempre fue consecuencia de la restricción del acceso a las explotaciones agrícolas. La recopilación de datos a distancia para el estudio From the FIELD coincidió con el Ramadán. Algunas personas entrevistadas explicaron que la reducción de las jornadas laborales durante este periodo era algo habitual, y por tanto no estaba relacionado con la pandemia. Algunas personas pasaron de trabajar jornadas completas a una o dos horas al día, mientras que otras trabajaban dos días a la semana en lugar de la semana completa. Por ejemplo, una familia siria en el Líbano solía ganar 2500 libras libanesas por hora (1,80 dólares de los Estados Unidos) por persona adulta, y cada una de sus hijas adolescentes ganaba 2000 libras por hora (1,50 dólares). Durante la temporada de cosecha, solían trabajar de diez a doce horas diarias. En los primeros días de la pandemia, esto se redujo repentinamente a tres horas de trabajo. Las nuevas tensiones se vieron agravadas por otros acontecimientos no relacionados. En la primavera de 2020, una tormenta destruyó la cosecha de muchas explotaciones agrícolas en el Líbano, reduciendo aún más las oportunidades de trabajo para la población refugiada.

Aunque muchas personas sirias perdieron sus empleos, la actividad agrícola continuó para otras, especialmente para las y los trabajadores más calificados, ya que los confinamientos relacionados con la pandemia coincidieron con el comienzo de la temporada agrícola, cuando se necesita mucha mano de obra. En un pueblo del norte de Jordania entrevistamos a un hombre de 56 años, cabeza de una familia de ocho miembros. En el exilio había adquirido nuevas competencias en la agricultura hidropónica y había encontrado trabajo en un invernadero. Aunque sus horas de trabajo habían disminuido en la primavera de 2020, seguía recibiendo su salario completo. Sus diarios de WhatsApp nos llevaron al interior de un gigantesco invernadero, donde hombres jóvenes y mayores, y a veces niños, estaban ocupados plantando plántulas, comprobando

la calidad del agua y empaquetando productos. Más que documentar los efectos de la pandemia, nuestro participante trataba de demostrar su experiencia y su papel de líder en la jerarquía laboral.

Para el 70 por ciento de las personas que entrevistamos, los ingresos mensuales disminuyeron en la primavera de 2020, con efectos especialmente devastadores para quienes se encontraban en el Kurdistán iraquí, el Líbano y Turquía (cuadro 3). En el momento de la entrevista, casi la mitad de las personas entrevistadas no tenía ninguna fuente de dinero en efectivo. En Gaziantep, a un padre sirio con tres hijos le quedaban apenas 100 liras turcas (10 dólares) en su cartera. Varias personas atribuyeron esta disminución de los ingresos al aumento de los precios de los insumos agrícolas y, en particular en el Líbano y Siria, al empeoramiento de los tipos de cambio. Dentro de Siria, las personas entrevistadas se quejaron de que los mercados se habían visto perturbados por el cierre de las fronteras. En todos los países del estudio, las y los trabajadores agrícolas se quejaron de las largas horas de espera en el transporte público y de la reducción de plazas en los autobuses. Algunas explotaciones agrícolas dejaron de funcionar por completo. Uno de los encuestados, por ejemplo, trabajaba en una granja en la que se había vendido todo el ganado. Para algunas personas refugiadas, los salarios no cambiaron, sino que fueron retenidos por el empleador o el contratista laboral. A un trabajador del Líbano le dijeron que solo le pagarían al final de la temporada, una forma común de explotación laboral incluso antes de la pandemia. Cuando solicitó su dinero, su empleador le contestó: «No tengo el dinero ahora mismo». Aun cuando no tenían que pagar alquiler, las y los trabajadores agrícolas sirios que se alojaban en tiendas de campaña se encontraban sumidos en la indigencia debido a los múltiples riesgos a que estaban sometidos. En el Líbano, un hombre de 32 años se alojaba en una tienda de campaña con su mujer y sus tres hijos en las tierras de su empleador. Cuando había trabajo en la primavera de 2020, él y su cónyuge ganaban cada uno 2000 libras libanesas (1,50 dólares) por hora, con lo que entre los dos ganaban el equivalente a 30 dólares en una jornada laboral de diez horas. Sin embargo, durante la pandemia, su empleo fue aún más irregular que antes. «No tenemos ni una libra», declararon.

La pandemia afectó al trabajo de las mujeres refugiadas de distintas maneras. En Oriente Medio, la agricultura suele implicar a toda la familia. Como sostienen desde hace tiempo las economistas políticas feministas, es importante

Cuadro 3. Respuestas de las personas sirias entrevistadas en el marco del proyecto From the FIELD a la pregunta «En el último mes, ¿se han modificado los ingresos del hogar?», por emplazamiento

	Total	Kurdistán iraquí	Jordania	Líbano	Norte de Siria	Turquía
Aumento (%)	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Disminución (%)	69,9	87,5	55,0	80,0	58,8	77,8
Ningún cambio (%)	30,1	12,5	45,0	20,0	41,2	22,2

Fuente: Entrevistas a distancia en el marco del proyecto From the FIELD, abril-junio de 2020.

entender cómo el trabajo remunerado y no remunerado de los distintos miembros del hogar contribuye a la reproducción de la fuerza de trabajo (Gore y LeBaron 2019). Muchas personas encuestadas viven en estructuras familiares tradicionales, con una clara división del trabajo en función del sexo. En casi el 60 por ciento de las familias, las mujeres no solían trabajar a cambio de remuneración antes de la pandemia, aunque algunas realizaban trabajos remunerados ocasionales dentro y fuera del hogar. De las mujeres en trabajo remunerado al comienzo de la pandemia, el 24 por ciento lo hacía fuera del hogar —a menudo en la agricultura y en las manufacturas— y el 10 por ciento se dedicaba a actividades económicas en el hogar. Las mujeres más jóvenes o las que no tenían hijos eran especialmente propensas a trabajar en la agricultura y a menudo contribuían de forma importante a los ingresos del hogar, pero incluso las mujeres casadas eran a menudo económicamente activas. Aunque en el 70 por ciento de las familias se identificaba al padre como el principal sostén de la familia, el 15 por ciento de las madres también desempeñaban ese papel. Se estima que el 14 por ciento de las mujeres perdieron sus empleos a causa de la pandemia y, al mismo tiempo, el trabajo no remunerado en el hogar aumentó para las mujeres en el 76 por ciento de las familias. Con más miembros de la familia en casa, las mujeres tuvieron que hacer frente a tareas adicionales de limpieza, cocina y educación en el hogar. Por último, en el 64 por ciento de las familias, las niñas y niños vieron paralizada su educación. Las escuelas cerraron y las familias no podían permitirse dispositivos para seguir los cursos en línea. En nuestra propia investigación experimentamos las dificultades de conectar a distancia con nuestros participantes debido a los frecuentes cortes de electricidad, especialmente en el Líbano. El trabajo infantil ya era una realidad común para muchas familias sirias del sector agrícola antes de la pandemia (Yılmaz, Karatepe y Tören 2019). Esto aumenta el riesgo de que abandonen la educación definitivamente y se unan a sus progenitores en los campos durante la siguiente temporada agrícola, sobre todo en el caso de las niñas y niños de más edad.

5. ¿Por qué las y los trabajadores agrícolas refugiados pasan hambre durante una pandemia?

Resulta curioso que la población refugiada que trabaja en la agricultura sufra inseguridad alimentaria. Como se ha comentado en la introducción, esto debe entenderse dentro de un contexto general de inseguridad alimentaria en Oriente Medio. Para entender por qué las y los trabajadores agrícolas sirios están pasando hambre durante la pandemia de COVID-19 es importante comprender que dependen casi por completo de los mercados para acceder a los alimentos, y los mercados agrícolas de Oriente Medio son muy vulnerables a las crisis económicas mundiales. En la primavera de 2020, el 90 por ciento de las personas que entrevistamos compraba alimentos en las tiendas, y solo una pequeña minoría cultivaba sus propios alimentos (13 por ciento) o recibía alimentos de sus empleadores (11 por ciento). Como consecuencia, las subidas de precios iniciales en los mercados locales agravaron las presiones sobre los hogares de la población refugiada, que además estaban perdiendo sus ingresos. No había problema de disponibilidad de alimentos, ya que el 93 por ciento de las personas entrevistadas

afirmaron que los mercados seguían abiertos, pero como comentó conmovedoramente un trabajador refugiado: «La comida está en los mercados pero no en los bolsillos de los sirios». Además, el 89 por ciento informó de importantes aumentos en los precios de los productos alimentarios básicos, como el trigo, la harina, el arroz, el aceite y el azúcar, en comparación con el año anterior. Durante la semana anterior a la realización de las entrevistas, el 94 por ciento de los hogares había recurrido, en ocasiones o de forma sistemática, a alimentos más baratos, el 27 por ciento había recibido alimentos de amigos o familiares, y el 65 por ciento había comprado alimentos a crédito. Un escalofriante 19 por ciento había pasado de uno a tres días sin comer.

La FAO define la inseguridad alimentaria en términos de disponibilidad, acceso, utilización y estabilidad (FAO 2009). A nivel mundial, en los primeros meses de la pandemia, la COVID-19 afectó principalmente en términos de acceso a los alimentos, al provocar la pérdida de ingresos y de poder adquisitivo, especialmente entre las personas pobres (Béné 2020), que es ciertamente lo que les ocurrió a las sirias y sirios que entrevistamos para el estudio From the FIELD. Sin embargo, el aumento desorbitado de los precios de los alimentos, especialmente en el Líbano y Siria, no se produjo en otros países. De hecho, el índice de precios de los alimentos de la FAO alcanzó en mayo de 2020 el nivel más bajo en 17 meses y solo comenzó a subir en junio de 2020. Aunque la COVID-19 generó incertidumbre en el mercado, los precios mundiales de los alimentos no subieron, excepto en los países de bajos ingresos con déficit de alimentos, como el Líbano y Siria, que dependen en gran medida de las reservas de divisas y cuyos precios de los alimentos se han visto por tanto afectados por la depreciación de la moneda frente al dólar estadounidense (FAO 2020b). En el Líbano, los precios de los alimentos empezaron a inflacionar ya en otoño de 2019, varios meses antes del inicio de la pandemia (PMA 2020a). En Hassakeh (Siria), un participante en nuestro estudio grabó un vídeo de un paseo nocturno a una tienda local: «Mira, esta bolsa de patatas fritas viene del otro lado de la frontera. Antes costaba 50 libras sirias, pero con la subida del dólar, ahora cuesta 200, por culpa del corona y del cierre de la frontera. Como puedes ver, la tienda está medio vacía, las fronteras están cerradas, ya no nos llega nada». Es posible que estas subidas de precios no hayan durado mucho tiempo; las personas entrevistadas en Jordania para nuestro estudio a finales de junio de 2020 informaron de que los precios de los productos de primera necesidad habían vuelto a la normalidad a principios de ese mes. Sin embargo, las explosiones de precios a corto plazo bastaron para agotar los escasos ahorros de la población siria refugiada. Varias personas nos explicaron que solo habían podido hacer acopio de artículos básicos durante un corto periodo de tiempo antes de quedarse sin dinero.

En el Líbano, una familia siria con varios niños pequeños documentó su repentina inseguridad alimentaria en WhatsApp. El padre resumió el impacto combinado del desempleo, la ilegalidad y la falta de ayuda humanitaria: «Soy cabeza de una familia de cinco personas, incluidos mi padre y mis hijos. Antes del coronavirus podía alimentarlos, pero ahora no puedo. No salgo, no hay trabajo, no hay ONG y no estoy registrado en el ACNUR». Su mujer explicó además lo que esto implicaba en términos de alimentación de la familia: «Antes del coronavirus solía cocinar muchos platos. Ahora, menos. Hoy he preparado una comida de

trigo y lentejas. Hemos hecho yogur. Pero le añadimos agua para alargarlo, porque el yogur es caro. Yo dependo de las lentejas y el bulgur. ¿Qué es esta crisis, y cuándo podremos volver a trabajar para mantener a nuestros hijos?». Resulta especialmente alarmante que las condiciones documentadas en nuestro estudio supongan un deterioro de la ya de por sí mala utilización de los alimentos. Las dietas de las sirias y sirios se han visto afectadas incluso antes de la COVID-19. Desde septiembre de 2019, muchos hogares dentro de Siria informaron de que solo hacían dos comidas al día, dentro de una dieta básica de pan, arroz, aceite, legumbres, verduras, azúcar y muy poca carne (PMA 2020b). Hay evidencia de que la escasez y la carencia de alimentos están repercutiendo en los indicadores sanitarios. El número de niñas y niños con retraso en el crecimiento en Siria aumenta desde 2011 (Banco Mundial 2020). Un mayor deterioro de la calidad nutricional durante los primeros meses de la pandemia habrá provocado problemas sanitarios adicionales con consecuencias inmediatas, a medio y a largo plazo. Es probable que la dieta de las familias sirias haya seguido empobreciéndose a medida que su situación económica empeoraba. La disminución de la variedad dietética conduce a la malnutrición (Hadley y Crooks 2012), lo que a su vez expone a la población siria a un mayor riesgo de reducción de la inmunidad y la hace más susceptible de desarrollar síntomas graves de COVID-19 (Naja y Hamadeh 2020). Esto es especialmente preocupante en el norte de Siria, que ya se consideró particularmente vulnerable a un brote grave en la primavera de 2020 (Abbara et al. 2020).

6. Conclusión

En el presente artículo se proporciona una instantánea etnográfica de los primeros efectos económicos y en términos de seguridad alimentaria de los confinamientos relacionados con la pandemia sobre la población refugiada que trabaja en la agricultura en el Kurdistán iraquí, Jordania, el Líbano, el norte de Siria y Turquía. Situamos nuestros hallazgos en el contexto del uso de la ambigüedad legal por parte de los países de acogida como herramienta de gobernanza de la población refugiada, la dependencia del sector agrícola mediorienta de la fuerza de trabajo migrante y la larga dependencia de la región de las importaciones de alimentos. Como muestran las conclusiones del estudio From the FIELD, muchos sirios y sirias perdieron sus empleos en la primavera de 2020 como consecuencia de los confinamientos relacionados con la pandemia y las interrupciones de las cadenas de suministro agrícola. La inseguridad laboral no es un fenómeno nuevo para la población siria desplazada, cuya protección jurídica y sus derechos laborales son muy limitados en virtud de las políticas de asilo aplicadas, y ha encontrado empleo en el segmento más bajo de los mercados laborales agrícolas. Dadas las necesidades estacionales de la agricultura y el excedente de fuerza de trabajo, el empleo de la población refugiada suele ser extremadamente inestable. Basándonos en datos etnográficos anteriores a la pandemia, hemos mostrado cómo esta inseguridad laboral persistente, la necesidad constante de desplazarse para encontrar trabajo y su dependencia de los contratistas de mano de obra pusieron a la población trabajadora refugiada en una situación especialmente vulnerable al principio de la pandemia. También hemos señalado que los primeros días de la pandemia coincidieron con el inicio de la temporada agrícola en

los países de nuestro estudio, así como con la reducción de las horas de trabajo durante el Ramadán. Un mayor conocimiento de cómo se superpusieron las diferentes temporalidades sectoriales y culturales añade matices a nuestra comprensión de cómo los confinamientos iniciales afectaron a las y los trabajadores especialmente vulnerables de la agricultura. Sin embargo, hemos demostrado que los efectos desproporcionados de la pandemia sobre los medios de sustento de la población refugiada se ven agravados por la inseguridad alimentaria, endémica en la región, especialmente en países sacudidos por crisis como el Líbano y Siria. Como la población trabajadora agrícola refugiada depende de mercados de alimentos que son susceptibles a las crisis económicas mundiales, sufrió con especial virulencia el aumento de los precios de los alimentos en los primeros días de la pandemia. En nuestro estudio de seguimiento, *Refugee Labour under Lockdown*,⁵ realizado en el invierno de 2020-2021, la mayoría de las personas entrevistadas confirmaron que las pérdidas de empleo en la primavera de 2020 habían sido temporales. Sin embargo, incluso esa pérdida de empleo a corto plazo, combinada con las repentinas subidas de los precios de los alimentos básicos, ha hundido aún más a la población refugiada en el círculo vicioso de la pobreza. La erosión de sus limitadas redes de seguridad financiera, junto con el aumento de la inseguridad laboral en unos mercados de trabajo ya de por sí volátiles, les ha obligado a volver a trabajar en condiciones de explotación e inseguridad (Zuntz et al. 2021).

Para terminar, ofrecemos algunas recomendaciones para la labor de desarrollo a corto plazo y para la formulación de políticas a más largo plazo. A corto plazo sería necesaria una visión más cíclica de la integración de la población refugiada en el mercado laboral, ya que no es realista esperar que sean permanentemente «autosuficientes» en los países de acogida, donde muchas personas desplazadas o marginadas solo pueden encontrar empleos estacionales. Los países de acogida mediorientales se han convertido en laboratorios de programas humanitarios que pretenden fomentar la autosuficiencia económica de la población refugiada urbana, por ejemplo, mediante el fomento de la microempresa. Lamentablemente, estas iniciativas rara vez han dado lugar a puestos de trabajo sostenibles porque se ven obstaculizadas por las deficiencias económicas y las ambivalentes políticas de asilo de los países de acogida, que no conceden a la población refugiada derechos laborales, entre otros (Carpi 2020; Easton-Calabria y Omata 2018). Por el contrario, es importante reconocer la necesidad de una asistencia social intermitente pero constante y fiable que permita a las trabajadoras y trabajadores refugiados hacer frente a periodos prolongados de desempleo, más allá de las ayudas en efectivo existentes para las familias desplazadas categorizadas como especialmente vulnerables. Como muestra nuestro trabajo de campo previo a la pandemia en Turquía, la relación entre los empleadores agrícolas, los contratistas de mano de obra y las trabajadoras y trabajadores también es muy conflictiva. Para evitar la explotación laboral, en formas como, por ejemplo, el retraso en los pagos salariales, los países de acogida deberían tratar de formalizar el papel de los contratistas de mano de obra. La creación de foros que reúnan a las trabajadoras y trabajadores sirios con los empleadores

⁵ Véase <https://www.onehealthfieldnetwork.org/refugee-labour-under-lockdown>.

a nivel más local podría permitirles evitar a los contratistas de mano de obra y negociar condiciones de empleo más estables. En Turquía, en particular, las clases de turco permitirían a las y los refugiados sirios comunicarse directamente con los empleadores.

A más largo plazo, nuestras conclusiones pueden servir de base para una crítica más matizada de los intentos de formalizar el trabajo de la población refugiada (Betts y Collier 2017). Por ejemplo, mediante el Pacto de Jordania de 2016 se concedieron 200 000 permisos de trabajo a refugiados y refugiadas sirios en ese país a cambio de préstamos ventajosos y un acceso más fácil a los mercados de la Unión Europea (Barbelet, Hagen-Zanker y Mansour-Ille 2018). Sin embargo, entre 2016 y 2019, solo se concedieron 122 000 permisos a trabajadoras y trabajadores sirios (3RP 2019). Los trámites burocráticos, la dinámica del mercado laboral nacional y las propias estrategias de supervivencia de la población siria refugiada han limitado el éxito del Pacto (Lenner y Turner 2019). ¿Podría la formalización del trabajo de esta población poner fin a la explotación? Nuestros datos etnográficos indican que, en todo Oriente Medio, las y los refugiados compiten con personas migrantes irregulares y regulares que trabajan en condiciones igualmente precarias. Como se ha comentado en la introducción, los estudios sobre el trabajo migratorio temporal también sugieren que el estatus jurídico por sí solo no puede proteger de la explotación a las trabajadoras y trabajadores migrantes, ni siquiera a ciertos grupos de nacionales marginados (Chacón 2015). Sin la voluntad política y los recursos para hacer cumplir las normas laborales, estas quedan en papel mojado. El análisis de la población trabajadora refugiada desde el punto de vista laboral desplaza la atención de los actos individuales de explotación a la desigualdad sistémica de las relaciones de poder dentro de los mercados laborales y entre los países que reciben y envían trabajadores. Como afirma la jurista Hila Shamir (2012), este enfoque también abre un debate sobre las nuevas formas de acción política de los trabajadores y trabajadoras. En el contexto sirio, las ONG tienden a presentar a los refugiados y refugiadas como receptores pasivos que necesitan mejorar su calificación. En cambio, Shamir (2012, 95) prevé la posibilidad de una acción colectiva dirigida por los propios trabajadores y trabajadoras, por ejemplo a través de los sindicatos, utilizando un lenguaje de «lucha de clases, solidaridad y preocupaciones sociales y económicas». Esta perspectiva laboral del problema de las poblaciones desplazadas tiene mucho que ofrecer a la hora de replantear los objetivos y las herramientas de la acción humanitaria. Sin embargo, la reconceptualización de las personas desplazadas como «trabajadoras y trabajadores migrantes» también puede ocultar las múltiples necesidades específicas de protección de la población refugiada, así como las particulares condiciones en que trabajan, en contraposición a las personas migrantes.

Bibliografía citada

- Ababsa, Myriam. 2019. «Syria's Food Security: From Self-Sufficiency to Hunger as a Weapon». En *Syria: From National Independence to Proxy War*, editado por Linda Matar y Ali Kadri, 247-267. Cham: Palgrave Macmillan.
- Abbara, Aula, Diana Rayes, Ola Fahham, Omar Alrashid Alhiraki, Munzer Khalil, Abdulrahman Alomar y Ahmad Tarakji. 2020. «Coronavirus 2019 and Health Systems

- Affected by Protracted Conflict: The Case of Syria». *International Journal of Infectious Diseases* 96 (julio): 192-195.
- Abdelali-Martini, Malika, y Jennie Dey de Pryck. 2015. «Does the Feminisation of Agricultural Labour Empower Women? Insights from Female Labour Contractors and Workers in Northwest Syria». *Journal of International Development* 27 (7): 898-916.
- ACNUR (Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados). 2018. «UNHCR Service Guide». Agosto de 2018. Ammán.
- 2020a. «Turkey Fact Sheet». Septiembre de 2020. <https://www.unhcr.org/tr/wp-content/uploads/sites/14/2020/10/UNHCR-Turkey-General-Fact-Sheet-September-2020-FINAL330.pdf>.
- 2020b. «Operation: Lebanon. 2021 Planning Summary». <https://reporting.unhcr.org/sites/default/files/pdfsummaries/GA2021-Lebanon-eng.pdf>.
- 2021a. «Iraq: Syrian Refugee Statistics». Diciembre de 2020. <https://reliefweb.int/report/iraq/iraq-syrian-refugee-statistics-december-2020>.
- 2021b. «Jordan: Operational Update». Diciembre de 2020. <https://data2.unhcr.org/en/documents/details/84307>.
- Sin fecha a. «Protection». <https://www.unhcr.org/lb/protection>.
- Sin fecha b. «Working in Iraq». <https://help.unhcr.org/iraq/en/rights-and-obligations/working-in-iraq/>.
- Ahlin, Tanja, y Fangfang Li. 2019. «From Field Sites to Field Events: Creating the Field with Information and Communication Technologies (ICTs)». *Medicine Anthropology Theory* 6 (2): 1-24.
- Al Jazeera. 2020. «Lebanon Arrests 8 as Syrian Refugee Camp Set Ablaze after Fight». 27 de diciembre de 2020. <https://www.aljazeera.com/news/2020/12/27/syrian-refugee-camp-in-lebanon-set-ablaze-after-row>.
- Baban, Feyzi, Suzan Ilcan y Kim Rygiel. 2017. «Syrian Refugees in Turkey: Pathways to Precarity, Differential Inclusion, and Negotiated Citizenship Rights». *Journal of Ethnic and Migration Studies* 43 (1): 41-57.
- Banco Mundial. 2020. *The Mobility of Displaced Syrians: An Economic and Social Analysis*. Washington.
- Barbelet, Veronique, Jessica Hagen-Zanker y Dina Mansour-Ille. 2018. «The Jordan Compact: Lessons Learnt and Implications for Future Refugee Compacts». Policy Briefing, febrero de 2018. Londres: Overseas Development Institute.
- Bayram, Ahmad Sufian. 2020. «A World of Limited Possibilities: Refugee Youth and Job Opportunities Within the Lebanese Law and Market». Noviembre de 2019. Amsterdam: Spark.
- Beaumont, Hilary. 2020. «Coronavirus Sheds Light on Canada's Poor Treatment of Migrant Workers». *The Guardian*, 20 de julio de 2020. <http://www.theguardian.com/world/2020/jul/20/canada-migrant-farm-workers-coronavirus>.
- Bellamy, Catherine, Simone Haysom, Caitlin Wake y Veronique Barbelet. 2017. «The Lives and Livelihoods of Syrian Refugees». HPG Commissioned Report. Londres: Overseas Development Institute. <https://www.odi.org/publications/10736-lives-and-livelihoods-syrian-refugees>.
- Béné, Christophe. 2020. «Resilience of Local Food Systems and Links to Food Security: A Review of Some Important Concepts in the Context of COVID-19 and Other Shocks». *Food Security* 12 (4): 805-822.
- Besteman, Catherine. 2019. «Militarized Global Apartheid». *Current Anthropology* 60 (S19): S26-S38.
- Betts, Alexander, y Paul Collier. 2017. *Refuge: Transforming a Broken Refugee System*. Londres: Allen Lane.
- Bhagat, Ali. 2020. «Governing Refugee Disposability: Neoliberalism and Survival in Nairobi». *New Political Economy* 25 (3): 439-452.

- Buckley, Michelle, Siobhán McPhee y Ben Rogaly. 2017. «Labour Geographies on the Move: Migration, Migrant Status and Work in the 21st Century». *Geoforum* 78 (enero): 153-158.
- Carpi, Estella. 2020. «Towards a Neo-cosmetic Humanitarianism: Refugee Self-Reliance as a Social-Cohesion Regime in Lebanon's Halba». *Journal of Refugee Studies* 33 (1): 224-244.
- Chacón, Jennifer M. 2015. «Producing Liminal Legality». *Denver Law Review* 92 (4): 709-767.
- Chalcraft, John. 2009. *The Invisible Cage: Syrian Migrant Workers in Lebanon*. Stanford: Stanford University Press.
- Cook-Martin, David. 2019. «Temp Nations? A Research Agenda on Migration, Temporality, and Membership». *American Behavioral Scientist* 63 (9): 1389-1403.
- Corrado, Alessandra, Carlos de Castro y Domenico Perrotta (eds.). 2017. *Migration and Agriculture: Mobility and Change in the Mediterranean Area*. Abingdon: Routledge.
- Coutin, Susan Bibler. 2000. *Legalizing Moves: Salvadoran Immigrants' Struggle for U.S. Residency*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- De Genova, Nicholas P. 2002. «Migrant "Illegality" and Deportability in Everyday Life». *Annual Review of Anthropology* 31: 419-447.
- DRC (Danish Refugee Council). 2020. «COVID-19 Impact on Refugees in South East Turkey: Needs Assessment Report». Mayo de 2020. Copenhagen.
- Easton-Calabria, Evan, y Naohiko Omata. 2018. «Panacea for the Refugee Crisis? Rethinking the Promotion of "Self-Reliance" for Refugees». *Third World Quarterly* 39 (8): 1458-1474.
- ECRE (Consejo Europeo sobre Refugiados y Exiliados). 2019. «Country Report: Turkey». Asylum Information Database, 2019 Update (informe). Bruselas.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura). 2009. *Reforma del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial. Versión final*. CFS:2009/2 Rev.2. Roma.
- 2020a. *COVID-19 and its Impact on Food Security in the Near East and North Africa: How to Respond?* El Cairo.
- 2020b. «Food Outlook: Biannual Report on Global Food Markets». Junio de 2020. Roma. [Resumen en español en <https://www.fao.org/3/cb0606es/CB0606ES.pdf>.]
- FAO y PMA. 2018. «Special Report: FAO/WFP Crop and Food Security Assessment Mission to the Syrian Arab Republic». 9 de octubre de 2018. Roma.
- Farmworker Justice. 2020 «Statement by Farmworker Advocates on COVID-19 and the Risks to Farmworkers». *Farmworker Justice Blog* (blog), 20 de febrero de 2020. <https://www.farmworkerjustice.org/blog-post/statement-by-farmworker-advocates-on-covid-19-and-the-risks-to-farmworkers/>.
- Gertel, Jörg, y Sarah Ruth Sippel (eds.). 2014. *Seasonal Workers in Mediterranean Agriculture: The Social Costs of Eating Fresh*. Abingdon: Routledge.
- Gleick, Peter H. 2014. «Water, Drought, Climate Change, and Conflict in Syria». *Weather, Climate, and Society* 6 (3): 331-340.
- Gobierno del Líbano y ONU (Organización de las Naciones Unidas). 2020. «Lebanon Crisis Response Plan: 2017–2020». 2020 Update. Beirut: Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas.
- Gore, Ellie, y Genevieve LeBaron. 2019. «Using Social Reproduction Theory to Understand Unfree Labour». *Capital & Class* 43 (4): 561-580.
- Hadley, Craig, y Deborah L. Crooks. 2012. «Coping and the Biosocial Consequences of Food Insecurity in the 21st Century». *American Journal of Physical Anthropology* 149 (Suppl. 55): 72-94.
- Hale, Thomas, Noam Angrist, Rafael Goldszmidt, Beatriz Kira, Anna Petherick, Toby Phillips, Samuel Webster et al. 2021. «A Global Panel Database of Pandemic Policies (Oxford COVID-19 Government Response Tracker)». *Nature Human Behaviour* 5 (4): 529-538.

- Hartnett, Allison Spencer. 2018. «The Effect of Refugee Integration on Migrant Labor in Jordan». *Review of Middle East Studies* 52 (2): 263-282.
- Hobbs, Jill E. 2020. «Food Supply Chains during the COVID-19 Pandemic». *Canadian Journal of Agricultural Economics/Revue canadienne d'agroéconomie* 68 (2): 171-176.
- Janmyr, Maja. 2018. «UNHCR and the Syrian Refugee Response: Negotiating Status and Registration in Lebanon». *International Journal of Human Rights* 22 (3): 393-419.
- Janmyr, Maja, y Lama Mourad. 2018. «Modes of Ordering: Labelling, Classification and Categorization in Lebanon's Refugee Response». *Journal of Refugee Studies* 31 (4): 544-565.
- Joint Data Center on Forced Displacement, Banco Mundial y ACNUR. 2020. «Compounding Misfortunes: Changes in Poverty Since the Onset of COVID-19 on Syrian Refugees and Host Communities in Jordan, the Kurdistan Region of Iraq and Lebanon». Diciembre de 2020. Washington: Banco Mundial.
- Kalkınma Atölyesi/Development Workshop. 2016. *Fertile Lands, Bitter Lives: The Situation Analysis Report on Syrian Seasonal Agricultural Workers in the Adana Plain*. Ankara.
- 2020. *Fındık Dalda Kalmaz: Koronavirüs Salgınunun Mevsimlik Gezici Tarım İşçileri ve Onların Çocuklarının Fındık Hasadına Katılımına Olası Etkileri ve Önlemler: Hızlı Araştırma*. Ankara.
- Kattaa, Maha, Meredith Byrne y Alaa Al-Arabi. 2018. *Decent Work and the Agriculture Sector in Jordan: Evidence from Workers' and Employers' Surveys*. Beirut: OIT.
- Kavak, Sinem. 2016. «Syrian Refugees in Seasonal Agricultural Work: A Case of Adverse Incorporation in Turkey». *New Perspectives on Turkey* 54 (mayo): 33-53.
- Kelberer, Victoria. 2017. «Negotiating Crisis: International Aid and Refugee Policy in Jordan». *Middle East Policy* 24 (4): 148-165.
- Leghtas, Izza. 2018. «Out of Reach: Legal Work Still Inaccessible to Refugees in Jordan». Field Report, septiembre de 2018. Washington: Refugees International.
- Lenner, Katharina, y Lewis Turner. 2019. «Making Refugees Work? The Politics of Integrating Syrian Refugees into the Labor Market in Jordan». *Middle East Critique* 28 (1): 65-95.
- Lewis, Hannah, Peter Dwyer, Stuart Hodkinson y Louise Waite. 2015. «Hyper-Precarious Lives: Migrants, Work and Forced Labour in the Global North». *Progress in Human Geography* 39 (5): 580-600.
- Mares, Teresa. 2020. «What a Stay-at-Home Order Means for Migrant Dairy Workers». *Agriculture and Human Values* 37 (3): 585-586.
- Menjívar, Cecilia. 2006. «Liminal Legality: Salvadoran and Guatemalan Immigrants' Lives in the United States». *American Journal of Sociology* 111 (4): 999-1037.
- Naja, Farah, y Rena Hamadeh. 2020. «Nutrition Amid the COVID-19 Pandemic: A Multi-level Framework for Action». *European Journal of Clinical Nutrition* 74 (8): 1117-1121.
- NCFH (National Center for Farmworker Health). 2021. «COVID-19 in Rural America: Impact on Farms & Agricultural Workers», 22 de abril de 2021. Buda (Estados Unidos). http://www.ncfh.org/uploads/3/8/6/8/38685499/msaws_and_covid-19_fact_sheet_april_2021_final.pdf.
- NRC (Norwegian Refugee Council) e IHRC (International Human Rights Clinic). 2016. *Securing Status: Syrian Refugees and the Documentation of Legal Status, Identity, and Family Relationships in Jordan*. Oslo.
- OIT. 2018. *Decent Work and the Agriculture Sector in Jordan: Evidence from Workers' and Employers' Surveys*. Beirut.
- OIT y Fafo. 2020. «Impact of COVID-19 on Syrian Refugees and Host Communities in Jordan and Lebanon». Evidence Brief for Policy 2020. Beirut.
- Osseiran, Souad. 2020. «The Intersection of Labour and Refugee Policies in the Middle East and Turkey: Exploring the Dynamics of "Permanent Temporariness"». *Civil Society Review* 4 (2): 94-112.

- Parks, Courtney A., Nadine Budd Nugent, Sheila E. Fleischhacker y Amy L. Yaroch. 2020. «Food System Workers are the Unexpected but Under Protected COVID Heroes». *Journal of Nutrition* 150 (8): 2006-2008.
- Parreñas, Rhacel, Patricia Landolt, Luin Goldring, Tanya Golash-Boza y Rachel Silvey. 2021. «Mechanisms of Migrant Exclusion: Temporary Labour, Precarious Noncitizenship, and Technologies of Detention». *Population, Space and Place* 27 (5), artículo núm. e2488. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1002/psp.2488>.
- Pelek, Deniz. 2019. «Syrian Refugees as Seasonal Migrant Workers: Re-Construction of Unequal Power Relations in Turkish Agriculture». *Journal of Refugee Studies* 32 (4): 605-629.
- Phillips, Nicola. 2013. «Unfree Labour and Adverse Incorporation in the Global Economy: Comparative Perspectives on Brazil and India». *Economy and Society* 42 (2): 171-196.
- PMA (Programa Mundial de Alimentos). 2020a. «Assessing the Impact of the Economic and COVID-19 Crises in Lebanon (Round 2): Monitoring Needs of Lebanese and Syrian Refugees through Web-Based Surveys». Diciembre de 2020. Roma.
- 2020b. «SYRIA: Review on the Impact of Rising Food Prices». Food Security Update, marzo de 2020. Roma. https://docs.wfp.org/api/documents/WFP-0000113454/download/?_ga=2.14924214.1277572114.1594918298-1946897616.1594918298.
- Quandt, Sara A., Natalie J. LaMonto, Dana C. Mora, Jennifer W. Talton, Paul J. Laurienti y Thomas A. Arcury. 2020. «COVID-19 Pandemic among Latinx Farmworker and Non-farmworker Families in North Carolina: Knowledge, Risk Perceptions, and Preventive Behaviors». *International Journal of Environmental Research and Public Health* 17 (16), artículo núm. 5786. <https://doi.org/10.3390/ijerph17165786>.
- Rabo, Annika. 2017. «Anthropological Methods and an Analysis of Memory: Migration, Past and Present in Raqqa Province, Syria». *Middle East Journal of Refugee Studies* 2 (1): 51-72.
- Rajaram, Prem Kumar. 2018. «Refugees as Surplus Population: Race, Migration and Capitalist Value Regimes». *New Political Economy* 23 (5): 627-639.
- Sahin Mencutek, Zeynep, y Ayat J. Nashwan. 2021. «Perceptions about the Labor Market Integration of Refugees: Evidences from Syrian Refugees in Jordan». *Journal of International Migration and Integration* 22 (2): 615-633.
- Shamir, Hila. 2012. «A Labor Paradigm for Human Trafficking». *UCLA Law Review* 60 (1): 76-136.
- 2017. «The Paradox of “Legality”: Temporary Migrant Worker Programs and Vulnerability to Trafficking». En *Revisiting the Law and Governance of Trafficking, Forced Labor and Modern Slavery*, editado por Prabha Kotiswaran, 471-502. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sleiman Haidar, Ribale (ed.). 2016. «The Long-Term Challenges of Forced Migration: Perspectives from Lebanon, Jordan and Iraq». *LSE Middle East Centre Collected Papers* 6. <http://eprints.lse.ac.uk/67728/2/ForcedDisplacement.pdf>.
- Stel, Nora. 2021. «Uncertainty, Exhaustion, and Abandonment beyond South/North Divides: Governing Forced Migration through Strategic Ambiguity». *Political Geography* 88 (junio), artículo núm. 102391. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2021.102391>.
- Sukarieh, Maysoun, y Stuart Tannock. 2019. «Subcontracting Academia: Alienation, Exploitation and Disillusionment in the UK Overseas Syrian Refugee Research Industry». *Antipode* 51 (2): 664-680.
- UITA (Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación, Agrícolas, Hoteles, Restaurantes, Tabaco y Afines). 2020. «Defending Agricultural Workers, in a Pandemic and Beyond». 25 de marzo de 2020. Ginebra. <http://pre2020.iuf.org/w/?q=node/7426>.
- Wessels, Joshka. 2008. *To Cooperate or Not to Cooperate...? Collective Action for Rehabilitation of Traditional Water Tunnel Systems (Qanats) in Syria*. Amsterdam: Vossiuspers.
- Woertz, Eckart. 2014. «Environment, Food Security and Conflict Narratives in the Middle East». *Global Environment* 7 (2): 490-516.

- 2020. «Wither the Self-Sufficiency Illusion? Food Security in Arab Gulf States and the Impact of COVID-19». *Food Security* 12 (4): 757-760.
- Yahya, Maha, Jean Kassir y Khalil El-Hariri. 2018. «Unheard Voices: What Syrian Refugees Need to Return Home». Washington: Carnegie Middle East Center.
- Yassen, Abdullah. 2019a. «Durable Solutions for Syrian Refugees in the Kurdistan Region of Iraq». MERI Policy Report. Erbil: Middle East Research Institute.
- 2019b. «The Prospects for Durable Solutions for Syrian Refugees in the Kurdistan Region of Iraq: A Case Study of Erbil Governorate Camps». *Refugee Survey Quarterly* 38 (4): 448-469.
- Yassin, Nasser, y Rawya Khodor. 2019. *101 Facts & Figures on the Syrian Refugee Crisis*. Volumen II. Beirut: Issam Fares Institute for Public Policy and International Affairs, American University of Beirut.
- Yılmaz, Gaye, İsmail Doğa Karatepe y Tolga Tören (eds.). 2019. *Integration through Exploitation: Syrians in Turkey*. Labor and Globalization, volumen 17. Augsburg y Munich: Rainer Hampp Verlag.
- Zetter, Roger. 2007. «More Labels, Fewer Refugees: Remaking the Refugee Label in an Era of Globalization». *Journal of Refugee Studies* 20 (2): 172-192.
- Zuntz, Ann-Christin. 2021. «Refugees' Transnational Livelihoods and Remittances: Syrian Mobilities in the Middle East before and after 2011». *Journal of Refugee Studies* 34 (2): 1400-1422.
- Zuntz, Ann-Christin, Mackenzie Klema, Lisa Boden, Sinem Sefa Akay, Bürge Akbulut, Ertan Karabıyık, Shaher Abdullateef, Esraa Almashhour y Salim Faisal Alnabolsi. 2021. *Precarious Labour under Lockdown: Impacts of the COVID-19 Pandemic on Displaced Syrian Agricultural Workers in the Middle East – Situation Analysis Report*. Ankara: One Health FIELD Network, Kalkınma Atölyesi/Development Workshop y Syrian Academic Expertise.
- Zurayk, Rami, y Anne Gough. 2014. «Bread and Olive Oil: The Agrarian Roots of the Arab Uprisings». En *The New Middle East: Protest and Revolution in the Arab World*, editado por Fawaz A. Gerges, 107-132. Cambridge: Cambridge University Press.
- 3RP (Regional Refugee & Resilience Plan). 2019. *Regional Strategic Overview 2019/2020*.